

DOS LECTURAS DE GANIVET: 1937, 1965

El *Idearium español* de Ganivet me acompaña desde mi temprana mocedad: y en sus márgenes abundan las anotaciones de identificación apasionada o de explayación ratificadora. Debo añadir que al abandonar la tierra europea en 1940 y tener que escoger entre mis libros los dos o tres que podría llevarme escogí sin titubeos la obra del granadino. Menciono estos datos autobiográficos porque considero que no son rasgos intelectuales exclusivamente personales: el muchacho que inició su lectura de Ganivet en aquella Valencia de 1937 pasaba simplemente por una fase obligada de su aprendizaje de español. Recordemos también que aquel año marcaba el centenario del *otro* suicida, del *otro* héroe sacrificial: Mariano José de Larra. Y, sin duda, Larra es también una etapa genérica de las biografías intelectuales de incontables hombres de lengua castellana: pero, además, nosotros, los muchachos que cursábamos el quinto año del bachillerato en 1937, sentíamos que Larra y Ganivet estaban *ahí*, que eran tremendamente actuales. En la enorme tragedia de aquella España leíamos, vivíamos, las páginas de los dos suicidas como últimos mensajes de hermanos mayores que entregaban sus vidas a la guerra fratricida. Un mensaje de consuelo, diríase: pues Larra y Ganivet parecían ofrecernos la explicación de aquella terrible guerra, parecían advertirnos que los males españoles visibles eran a la vez antiguos y muy reparables. «Pesimistas muy optimistas»: así los llamaba un compañero de clase y lectura que yace desde 1941 en *su* Granada como Ganivet y Lorca. Sí, es verdad, en Larra y en Ganivet encontrábamos una esperanza, una fuente de fe. Que en unas pocas palabras podría resumirse así: los españoles pueden, si quieren, llegar a convivir plenamente, pacíficamente.

· «Dos lecturas de Ganivet: 1937, 1965», *Papeles de Son Armadans*, CXX (1966), pp. 245-251. (THEH).

Y al acercarme nuevamente a la obra de Ganivet, en este su año centenario, casi pasadas tres décadas, desde mi primera lectura, me decía que debía precaverme contra una rememoración posiblemente mitificadora. Mas al repasar textos muy conocidos y al leer, con mayor atención, otros no tan frecuentados, sentí que de todas esas páginas se desprendía una imagen de Ganivet que coincidía substancialmente con la de mi mocedad: un joven intelectual que cree en el porvenir de España y que en su soledad nórdica se esfuerza por encontrar para sí y para los demás el nuevo estilo de integridad que su patria necesita. Porque Ganivet estimaba que en la España de su tiempo no habían surgido aún las modalidades expresivas que eran indispensables para la plena convivencia humana. Aunque él sabía que en la vida española —y en Madrid muy en particular— las formas de familiaridad verbal podían engañar al más avisado observador: entonces, como en el Romanticismo y como ahora, se hablaba de la cordialidad española. Ganivet, claro está, no negaba lo patente: por ejemplo, el gesto espontáneamente fraternal del español que ofrece sus viandas al viajero desconocido. Pero, para Ganivet, esas mismas apariencias expansivas de la vida española hacían resaltar más vivamente la carencia de verdadera integridad expresiva. Las palabras y los hombres vivían íntimamente distanciados, digamos así: y aunque aparecían juntos cotidianamente, se sabían ajenos. El español llevaba siempre puesta la máscara de la afabilidad pero raramente se la quitaba para dar libre vía al desahogo. En la undécima de las *Cartas finlandesas* escribía Ganivet:

«La dificultad mayor es nuestro carácter, nuestro temor a echar a la calle nuestras miserias, nuestra costumbre a aguantarnos en silencio para no desentonar y de regirnos individuos y sociedades por la sapientísima regla de conducta: cada uno en su casa y Dios en la de todos».

Añadía: «Estas prácticas no tienen más inconveniente que el de impedir que se forme espíritu colectivo». Y aunque Ganivet se refiere

directamente en los párrafos citados a su ciudad natal, no sería arbitrario hacerlos extensivos a toda España. Es más, podría afirmarse que trascendían lo español y se centraban en el problema esencial de la historia intelectual europea desde hace siglo y medio: el de la relación entre persona y sociedad, entre individuo y comunidad.

Aquí conviene hacer un breve inciso para indicar que la originalidad intelectual de Ángel Ganivet, como la de su coetáneo y compañero de oposiciones universitarias, Miguel de Unamuno, estriba en lo que Ortega llama, en un notable prólogo de 1940 a las *Cartas finlandesas*, la «universalización del horizonte» de la cultura española. Esta tarea amplificadora según Ortega —que reitera en el aludido prólogo su elogio de Unamuno y Ganivet al calificarla de «levantada hazaña» «ampliación gigante», «fabulosa dilatación»— consistió fundamentalmente en liberar a España del «magisterio de Francia»: Ganivet y Unamuno fueron «los primeros [españoles] en tomar contacto directo con la obra de las naciones del norte y centro de Europa». No viene al caso, por supuesto, decidir ahora si Ortega acierta o yerra *in extenso*: baste para nuestros propósitos admitir la licitud histórica de la conexión establecida por Ortega entre la vasta apertura de la cultura española realizada por los dos noventayochistas y su marcada orientación nórdica. Diríamos que al soslayar la utilidad de la cultura francesa para ellos, y para los españoles en general, Ganivet y Unamuno respondían a una obvia constatación: la relación entre persona y sociedad no parecía ofrecer dentro de la cultura francesa características problemáticas. Se comprende, así, que Ganivet y Unamuno gravitaran, en su afanosa búsqueda, hacia la región trágica de lo «hombres del norte»: porque Ganivet y Unamuno presentían acertadamente que en las tierras de Kierkegaard y de Ibsen —o sea el mundo de la angustia y de la alienación modernas— podían hallar nuevos enfoques del problema aludido y por consiguiente nuevos estilos de integridad. Dejemos apuntado también, para cerrar este inciso, que

Ganivet y Unamuno escribieron en deliberada soledad, lejos de un Madrid donde prevalecían, forzosamente, normas de recato y estilos nivelados.

Volvamos a los textos de Ganivet. Detengámonos en la carta a Navarro Ledesma fechada en Amberes el 19 de febrero de 1894: Y permítaseme suplicar desde aquí, en nombre de todos los hispanistas, a mi buena amiga Soledad Ortega que no ceje en su empeño de publicar el texto fiel del voluminoso epistolario de los dos amigos. En la dicha carta veintiuna escribía Ganivet:

«Dos profundos errores han traído estos tiempos desastrosos, dos errores en uno solo: el deseo de unificar y centralizar...»

Y declaraba más tarde, tras una alusión a doña Emilia Pardo Bazán —ésta había «creído, como creen todos, que hay que vivir en la Corte y jugar al cortesano»— que era urgente «relajar los tan funestos vínculos sociales que desde principios de siglo se han ido amarrando y estrechando después con auxilio de los ferrocarriles». Esta facilidad de las comunicaciones había sido, según Ganivet, muy dañina para los que él llamaba «pequeños viveros» provincianos. Y comentaba:

«Hoy todos los gurripatos (y yo el primero) que acaban la carrera levantan el vuelo asqueados por la vida local y se plantifican en las metrópolis donde alguno, quizá el más rudo y duro e inútil, resiste la aclimatación, pero donde los más débiles se adocenán y se convierten en seres anónimos y mueren adheridos a algún cargo de oposición o libre elección».

En este texto se describe sencillamente a lo *castizo* el proceso de alienación observable en las grandes urbes y burocracias modernas. E inmediatamente, tras clamar nuevamente contra la centralización, expone Ganivet lo que él llama su «ideal de mañana»: «crear en cada ciudad la *polis* autónoma, donde los ciudadanos puedan vivir en familia, quien sabe

si paseando en mangas de camisa y filosofando bajo la dirección de-un Aristóteles». Añadiendo: «Conseguido esto vendrían por añadidura la calma y el desinterés». Ganivet especifica, además, que en su villa utópica se resolvería el problema social asegurando el sustento a todos: «En un pueblo donde existe la seguridad de comer todos los días poco o mucho, habrá, es cierto holgazanes, pero no habrá dinamiteros». Este plan utópico es evidentemente muy semejante al de algunos socialistas: y efectivamente Ganivet se confiesa partidario de lo que él llama un «socialismo anárquico-nirvánico». El granadino sabe que tanto «las clases mercantiles e industriales» como los que él denomina «progresistas de la materia» rechazarían como locura deleznable su visión utópica. Pero «si existiera un Dios pensante a quien le preocuparan nuestras cosas» vería con gusto y apoyaría esa forma de vida humana fundada en un «reposo chinesco» y condenaría en cambio, concluye Ganivet, «esta actividad estúpida con que corremos incesantemente para no ir a ninguna parte».

Muchos más textos podríamos aducir para mostrar la importancia central del afán integrador de Ganivet: para él, fiero individualista, era indispensable fortalecer las fuerzas solidarias de una sociedad. La práctica del múltiple desahogo personal a que aludía en la «carta finlandesa» undécima —ejercicio confesional colectivo también reclamado por Unamuno— había de ser simultáneamente vía de individuación y enlace comunal. Su sueño del *Idearium* —esa nueva España que fuera como una «antigua Grecia» pero cristiana— se precisa si se tiene presente el afán integrador que se revela en los textos citados. Ganivet creía —y no andaba del todo descaminado— que la cohesión interna de una sociedad había de fundarse en el potencial expresiva de los individuos: y que éstos a su vez sólo podían llegar a alcanzar su propia y esencial singularidad si lograban comunicar plenamente con sus prójimos. El estilo de integridad que buscaba Ganivet se cifraba finalmente (para decirlo con sus propias palabras) en un «vivir el arte en medio de la calle, respirado por todo el mundo». Este Ganivet no está así tan lejos, después de todo, de la sencilla

y nada mítica voz. fraternal que escuchaba un muchacho español en aquel verano terrible de 1937.